



# Aprender a rodar

Claudia Lama Adonie

**A**na propuso que se sentaran en la banca frente a la pequeña pista de patinaje. El cielo nublado y la sombra de la ceiba las protegerían de los rayos del sol. Milena prefería el extremo tupido de árboles, pero era temprano y el parque estaba solitario, así que le pareció bien. Más tarde, cuando comenzara a llegar gente, irían al rincón de costumbre, tenderían el mantel y comerían los sándwiches que había preparado para almorzar.

Se sentaron como si fuera imposible una grieta entre ellas. Ana, con las piernas cruzadas sobre la banca. Se buscaron las manos y las entrelazaron.

Aunque podían ir a parques más cercanos, Milena prefería este “al otro lado del mundo”. Lo habían descubierto en uno de sus paseos sin rumbo, bien cuidado, pleno de verde y de pájaros, escondido del gentío y del ruido de la ciudad.

—¿De qué hablábamos? —preguntó Ana quitándose las sandalias y dejándolas caer.

—De cuando estuviste en Lima.

—Ah, sí...

Retomaron la charla que tenían en el bus. A Milena le gustaba escuchar las interminables historias de Ana y a Ana le gustaba ser escuchada sin interrupción. Para Milena era un alivio que hablara tanto, pues ella tenía poco que contar. Ana, en cambio, era un torbellino que emocionaba a Milena tanto como la desafiaba. Ninguna tenía un lugar propio, ninguna ganaba lo suficiente para pagar siquiera la noche en un hotel barato, pero tenían el parque para charlar, los rincones de la ciudad para darse besos, los amigos de Ana que de vez en cuando les facilitaban unas horas de intimidad y la vida que soñaban tener juntas.

—Hace mucho calor —dijo Ana, agitando con desespero el cuello de su camisa.

Para Milena el sofoco de los últimos días se hacía más soportable al aire libre. A falta de otra cosa, sacó uno de los platos de cartón que traía en el bolso y lo usó para

abanicarla. Ana agradeció con una sonrisa y sostuvo abierto el cuello de la camisa para que el aire entrara. A Milena le cosquillearon los labios al ver sus senos constreñidos por el sujetador.

—Quisiera quitarme la ropa —dijo Ana, los ojos resbalando en Milena.

—Te la quito después —le susurró Milena, oculta tras el plato que las abanicaba nervioso. Soltó su mano y suavemente la acarició cerca de la entrepierna.

—Quítamela ahora... —Ana tomó la mano de Milena y la llevó más adentro.

Nada provocaba más a Milena que ver a Ana desdibujada por el deseo. Saboreó las ganas de dar tumbos en su piel jugosa. Pero alguien podría verlas.

—Aquí no —susurró dejando de agitar el plato.

—No hay nadie, ven...

—Aquí no —suplicó.

Ana se apartó y la miró unos segundos como si estuviera analizándola...

—Está bien —dijo torciendo la boca.

Milena saltó a la mejilla de Ana, la besó tan rápido como se acercó.

—Sudada te ves tan linda.

Se tranquilizó al verla sonreír. Entrelazaron de nuevo las manos y Ana retomó lo que estaba contando. Milena se dejó envolver en la voz de Ana, esa voz que sentía como un nido. La observaba mirar lejos en sus recuerdos y trataba de adivinar en su mirada lo que estaba viendo, en la expresión de sus ojos, en las muecas de su boca, como si la cara de Ana fuera en sí el relato. Quería saber todo de esa chica valiente y fuerte que le prometía viajes y un lugar para llevarla a vivir con jardín y hamacas. Solo estaban ellas en el parque. Y eso le bastaba a Milena. Le bastaba andar y desandar con sus dedos los de Ana, escuchar su voz frondosa y segura. Le bastaba el sol cubierto por las nubes, el deseo sosegado esperando otra oportunidad, ahuyentar mosquitos una tarde de domingo siempre que estuvieran juntas.

Pero bastó que apareciera la familia al otro lado de la pista para que a Milena se le agrietara la tarde.

Los miró con recelo, con ganas de verlos desaparecer. Lo peor fue ver a la mujer sacar patines de un bolso, cascos, coderas y rodilleras para las niñas, toda la parafernalia del cuidado en color rosa. De niña, a Milena no le habían hecho falta rodilleras ni casco, caerse y rallarse la piel era parte del juego. Pero ya no era aquella niña, ahora se sentía desnuda, demasiado vulnerable para el juego. Buscó la mirada de Ana, ella seguía contando su historia como si no existiera aquella gente. Quiso despegarse, soltar la mano, moverse a donde pudiera estar a gusto otra vez... Se paralizó ante la idea de que Ana la estuviera poniendo a prueba. Tenía que controlarse, quería estar a la altura de sus manos entrelazadas.

La primera vez que se vieron, Ana había dejado claro que no quería una relación para esconderse. A pesar de todo, fueron más las ganas de seguirse viendo. Milena le contó que su familia sabía, pero que para ellos era inaceptable, no podía llevarla a su casa, que era mejor no alborotar ese avispero. La parte del avispero era verdad, del resto, su familia ni sabía ni podía enterarse hasta que ella tuviera cómo valerse por su cuenta. También le dijo, segura y sincera, que le daba igual que las vieran juntas. Lo dijo en la emoción del momento, pues la primera vez que Ana le pidió un beso en aquel pasillo solitario de un centro comercial, a su sinceridad se le cayó la máscara y Milena conoció la dimensión de su miedo. Se lanzó al beso, pero quedó paralizada.

Hasta ahora, Ana se había mostrado paciente con ella, al fin de cuentas era su primera vez, aunque aceptaba contenerse de mala gana cada vez que Milena evitaba sus cariños en público.

—Es que no va conmigo —le había dicho.

—¿Sería igual si estuvieras con un hombre?

—Sería igual. —Ana aceptó su palabra, aunque Milena la notó poco convencida. Milena sabía que no era igual, que nada era igual, que al lado de un hombre no se abría un tobogán ni el deseo de lanzarse sin contención.

Las niñas entraron a la pista, una de la mano del padre y otra de la mano de la madre. Se tambaleaban, daban pasos cortos y miedosos. Milena los observaba. Se acercaban despacio, pasarían junto a ellas apenas separados por un muro que no escondía sus manos entrelazadas y un andén insuficiente para poner la necesaria distancia. Pasarían una y otra vez, en cada vuelta, dos niñas de cristal en armaduras rosadas de la mano de sus perros guardianes. Milena casi podía oír sus ladridos. ¿Y si se animaban a morder? Era cierto que Ana tenía más mundo que ella, pero ¿cómo podía estar tan tranquila? La grieta se abrió aún más y Milena saltó del nido para caer en los ojos de ellos.

—Pensarán que vamos a corromper a sus hijas...

Ana interrumpió en seco lo que estaba diciendo y la miró extrañada.

—¿Qué?

—Pensarán que vamos a corromper a sus hijas —recalcó.

—Que piensen lo que les dé la gana... Y pásame el plato.

El tono fuerte y seguro de Ana la disuadió de insistir. Tenía que calmarse, Ana podría perder la paciencia, además ella tenía razón, que pensaran lo que quisieran. Pero no lograba calmarse, sabía lo que pensaban de ellas, lo había estado oyendo buena parte de su



vida, inadvertidamente, su burla, su odio, su asco. ¿Cómo podía estar Ana tan tranquila? ¿Cómo podía seguir acariciando su mano helada?

Siguió vigilando cada movimiento de ellos, cada mirada.

Sin embargo, ellos tenían cosas que hacer. Las niñas se resistían a intentarlo por sí mismas. Había que sostenerlas de la mano, acompañar sus pasos hasta que aprendieran a rodar solas, absorber las sacudidas del desequilibrio. Ponerlas en su sitio cuando no supieran ubicarse juntas en la pista. Quitar las piedras que encontraban en el camino. Nada escapaba a la vigilancia de Milena.

Pronto, las niñas patinaban de la mano de sus padres, en cada vuelta un poco más seguras, vuelta tras vuelta en la pequeña pista. El padre no tardó en llevarse a la mayor a la cancha de atrás para evitar peleas; la menor patinaba más despacio y les bloqueaba el paso. Ana los miraba como si fueran parte del paisaje y seguía contando entre pausas sus andanzas en Lima. Milena escuchaba, pero su atención estaba más allá de la banca. Un par de veces se encontró con la mirada de la madre, una mirada curiosa que indiscretamente las espiaba. Y nada más. Poco a poco, vuelta a vuelta, Milena pudo sentir de nuevo su mano sobre la de Ana.

—¿Qué hay de comer? —preguntó Ana.

—Sándwiches.

—Me das uno, por favor. Muero de hambre...

—¿Aquí?

—Sí, aquí, ¿por qué no?

Milena sacó un sándwich del bolso, desenvolvió el papel que lo cubría y se lo pasó.

—¿Tú no vas a comer?

—No tengo hambre.

Milena hubiera preferido estar en el extremo del parque, bajo el árbol de tronco grueso y ramas tupidas donde, a veces, si estaba lo suficientemente despejado, permitía que Ana la besara. Pero no dijo nada. Allí se quedaron hasta que comenzó a llover. ■



**Claudia Lama Andonie**

Barranquillera. “Aprender a rodar” hace parte de *Bailarás sin tacones* (Ediciones Exilio, 2018).